

nor de los capítulos de la Liga, todos los años debían estar sus escuadras en el mar en el mes de marzo, ó cuando mas tarde en el de abril, con un ejército igual por lo menos al que habían presentado en 1571; pero trascurre tiempo, y ni marchaban de acuerdo ni se movían. El papa Pío V, á pesar de sus muchos años, cada vez mas fervoroso en fomentar y estrechar la Liga, cuyos primeros frutos habían sido tan lisonjeros, no cesaba de trabajar por que perseveraran en ella y obraran con actividad los ya comprometidos, ni de instar nuevamente á los soberanos de Austria, de Francia, de Portugal, de Polonia y de Persia á que entraran en la confederación. Pero fueron otra vez inútiles las excitaciones del virtuoso anciano. A pesar del triunfo de Lepanto, los unos le contestaron con evasivas, alguno con promesas, y los demás con buenas palabras. Retraíanlos ó el temor del peligro propio, ó el de cooperar al excesivo engrandecimiento de la nación española.

Venecia no dejaba de prepararse á otra lucha: nombró á Jacobo Soranzo en reemplazo del malogrado Agustín Barbarigo; y aun por complacer á don Juan de Austria y evitar las antiguas disensiones, accedió á dar á Jacobo Foscarini el mando en jefe que antes tuvo el irritable Sebastian Veniero. También por parte de España se nombró lugarteniente de don Juan al duque de Sessa, en sustitución del comendador de Castilla Requesens, que fué destinado al gobierno de Milan por fallecimiento del duque de Alburquerque. Mas luego se renovaron los anteriores desacuerdos sobre el punto á que debería encaminarse la expedición, mostrando empeño los venecianos por volver á Levante, teniendo los españoles por preferible la jornada á Berberia, opinando otros por dividir las fuerzas y acometer las dos empresas á un tiempo, y creyendo el pontífice que se podía ganar á Constantinopla y la Tierra Santa (1). Determinóse al fin lo que nunca debió dudarse, que era proseguir lo comenzado, y don Juan de Austria anhelaba la partida, ya por su natural ardor bélico halagado con el triunfo, ya porque el pontífice le hubiera prometido interponer su mediación para que se le reconociera la soberanía del primer reino que conquistara, y los cristianos de la Albania y la Morea se le ofrecían por vasallos, incentivo grande para un joven ávido de gloria, y aspiración nada extraña en quien sin duda se sentía no menos digno que cualquiera otro de ceñir una diadema.

Sucedió en esto la muerte del santo papa Pío V (1.º de mayo, 1572), el ardiente promovedor y fomentador de la Liga. Y cuando Gregorio XIII (2) que le sucedió en la silla de San Pedro acababa á la Liga y estimulaba á don Juan «con breves de fuego,» como este decía, y cuando los venecianos clamaban á voz en grito por que se moviese (3), entonces Felipe II ordenaba á su hermano don Juan de Austria que permaneciese quieto en Mesina, exponiéndole á interpretaciones nada favorables ni honrosas por parte de los venecianos, y teniendo que contentarse don Juan con dar á los coligados veintidos galeras con cuatro mil italianos y mil españoles. ¿Qué era lo que movía á Felipe II á obrar de esta manera, cuando antes había mostrado su deseo de que don Juan prosiguiera lo mas brevemente posible la comenzada empresa hasta sacar todo el fruto que era de esperar de la primera victoria? ¿Eran solo las dificultades que se le suscitaban por parte de la Francia con relación á la guerra de Flandes? ¿O eran también temores de que su hermano, remontando demasiado el vuelo, llegara á obtener alguna de las soberanías con que sus amigos, y hasta el mismo pontífice parece encendían su juvenil ambición? Para nosotros es cierto que Felipe II no quería permitir que su hermano don Juan se remontase mas arriba de la esfera en que él le había colocado. Felipe II había prevenido á sus ministros en Italia que honrasen y sirviesen al señor don Juan, pero que no le trataran de *Alteza* ni de palabra ni por escrito: que el título de

*Excelencia* era lo mas que podían darle, y les recomendaba no dijese á nadie que habían recibido orden suya sobre esto. La misma prevención se hizo á los embajadores de Alemania, de Francia y de Inglaterra (4). Y el que así se mostraba receloso del dictado de *Alteza* que daban á su hermano, es evidente que hacia lo posible por que no llegara á decorarse con el de *Majestad*.

Al fin el rey, que no podía negarse á las instancias del nuevo pontífice y del senado de Venecia, disipados por otra parte los temores de Francia, dió orden á don Juan para que partiese de Mesina á incorporarse en Corfú con la armada veneciana que ya andaba por los mares de Levante. Mas ya en esto era llegado el mes de julio (5), y hemos visto atrás como los turcos se habían anticipado. A fines de julio levaron anclas de Corfú las escuadras de la Liga, y hasta agosto no acabaron de reunirse las fuerzas dispersas de los confederados. El 7 se avistaron las dos armadas enemigas. Constaba la del turco de doscientas galeras, con las de los corsarios: la de la Liga no llegaba á ciento cincuenta, bien que las galeazas le daban una fuerza que equivalía á la de muchas naves turcas. No nos incumbe seguir los movimientos y maniobras de ambas armadas en los dos meses de agosto á octubre. Uluch Ali, siempre mañoso, y amaestrado ya mas por la experiencia, tomó por sistema rehuir un combate general, dividir, si podía, las fuerzas enemigas, y cuando nó retirarse, bien que siempre á boga pausada, ó esperar inmóvil cuando la posición le favorecía. Dos veces se encontraron las dos armadas, delante de Cerigo y cerca del cabo Matapan, sin combate que diera resultado. Los turcos se retiraron lentamente sobre Modon y Navarino. Los aliados intentaron estorbar la reunión de las escuadras otomanas, que se verificó sin embargo. Los sitios y ataques que se emprendieron, primero sobre Modon, despues sobre Navarino, se abandonaron también como empresas ó difíciles ó poco provechosas. El 7 de octubre, aniversario de la célebre victoria de Lepanto, creyeron todos, y creyó el mismo don Juan que se iba á renovar una batalla y un triunfo igual ó superior á aquel. Pero una hábil retirada de Kilich Bajá eludió el combate, y solo quedó en poder de los cristianos la galera de un nieto de Barbaroja que apresó don Alvaro de Bazan, y que por ser tan hermosa fué llevada á Nápoles, y sirvió en la armada española con el nombre de *la Presa* (6).

Proponía don Juan forzar el puerto de Modon, en que se encerraba la armada turca, única manera á su juicio de poder sacar de esta segunda expedición el fruto que se iba buscando. Pero el consejo desaprobaba esta idea; y disgustado y cansado don Juan de ver el poco acuerdo que reinaba entre los generales de la Liga, y convencido de que cada cual obraba por sus particulares designios y fines, atado además por el rey su hermano y sujeto al voto de los otros capitanes y no pudiendo obrar por su cuenta, determinó dar la vuelta á Italia (9 de octubre), y suspender las hostilidades hasta el año siguiente. En su virtud los venecianos pasaron á invernar á Corfú, la flota del pontífice á Roma, y don Juan volvió con su escuadra á Mesina, y desde allí á Nápoles. Tal fué la infructuosa expedición de 1572, emprendida con indisculpable retraso, continuada con lentitud y malograda por las disidencias y desacuerdos. Nadie hubiera creído en octubre de 1571 que los vencedores de Lepanto habían de regresar así en octubre de 1572 (7).

(4) Carta del secretario Zayas al duque de Alba.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 546.

(5) El 6 de julio arrancó don Juan de Mesina, con Marco Antonio Colonna, el proveedor veneciano Lorenzo y el comendador español Gil de Andrade. Don Juan se separó de ellos en el Faro, dirigiéndose á Palermo y los otros prosiguieron su viaje, enarbolando Colonna el estandarte de la Liga.

(6) Foglietta, lib. IV.—Sagredo, p. 405 á 409.—Gratiani, libro IV.—Parutta, tom. III.

(7) Dió don Juan de Austria una prueba de su magnánimo corazón y nobles sentimientos, restituyendo generosamente la libertad al hijo de Ali Bajá que los aliados habían hecho prisionero, dándole seguro para que fuese respetado en todas partes, y devolviéndole á su hermana Fátima un magnífico y suntuoso presente que había enviado al príncipe español con una carta, suplicándole la libertad del cautivo. Don Juan no había olvidado el buen trato que los cautivos cristianos habían recibido de Ali

(1) Carta de don Juan de Zúñiga á don Juan de Austria desde Roma. Biblioteca Nacional, Cod. G. 45.

(2) Antes cardenal de San Sixto, ó cardenal Buoncompagno.

(3) Cartas de don Juan de Austria á don Sancho de Leiva, y al cardenal Granvela.—Biblioteca Nacional, Cod. G., fol. 174 y 207.—En otra á don García de Toledo, á 5 de mayo, le decía: «Siento mucho ver que se nos va el tiempo este año en dilaciones como si estuviésemos las cosas como el pasado.»—Archivo de la casa de Villafranca.

